

❧ Selección RNR ❧

ASTRID MARÍA

*¿Sigues sin
saber quién soy?*



New Adult

¿Sigues sin saber quien soy? (Selección RNR)María,
(Spanish Edition) Astrid

¿SIGUES SIN SABER QUIÉN SOY?

Astrid María

1.ª edición: marzo, 2016

© 2016 by Astrid María

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-399-5

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Carlos, mi marido y primer lector.
Por su amor, cariño y apoyo incondicional.
¡¡Gracias!!*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

INCERTIDUMBRE

LA FINAL

LA FIESTA DE LOS AZTECAS

LA BARBACOA

LA MALA NOTICIA

VISITA INESPERADA

CUMPLEAÑOS DE MAX

REVISIÓN DE E-MAILS

LA CARRERA

EL BESO DE MAX

NEGOCIOS TURBIOS

EL DESPERTAR

CONFIDENCIAS ENTRE AMIGAS

EL ALTA

REVELACIÓN PATERNA

MISSION TRAILS

PILLADA MISTERIOSA

LA PELEA

DESASOSIEGO

HORTENSIAS

¿Sigues sin saber quien soy? (Selección RNR)María,
(Spanish Edition) Astrid

CONFESIÓN DE MIKE

INCERTIDUMBRE

Intenté destensar los músculos de mi cara, y los de mis manos, y los del vientre también. Cada cinco segundos miraba involuntariamente las manecillas del reloj, ansiosa por que llegara el momento de marcharme. Estaba en Galilea, la cafetería de mi tío David, donde trabajo los días alternos desde que empecé a estudiar en la universidad estatal de San Diego. Fue idea mía aceptar este trabajo, pero me encantaría hacer responsable a quien fuera por encontrarme ahora aquí. Sí, sería ridículo, por eso no lo haré, pero si pudiera me quedaría muchísimo más tranquila.

Salvo que ocurriera un milagro, sabía que no me daría tiempo. Era penoso, llevaba todo el mes soñando con ese momento y por un error a la hora de confeccionar la tabla de los turnos de trabajo, me había tocado acudir precisamente esa tarde. Me iba a perder la final. El gran partido. Podían pasar décadas hasta que el azar quisiera que un acontecimiento así se volviera a repetir. Desaprovecharlo para mí era una hecatombe, pero intenté asimilarlo y hacerme a la idea de que lo tendría que ver por la tele.

Me consolaba saber que al menos sí podría acudir a la fiesta posterior. Aun así estaba agobiada. Les había dicho a los chicos que intentaría llegar y debía cumplir mi promesa. No sé en qué estaría pensando para decirles algo así, pero había rezado a todos los santos de mi calendario y guardaba la esperanza de que ocurriera algún fenómeno sobrenatural que me permitiera asistir al partido.

—Cristina, siento que te haya tocado venir hoy, podías haber cambiado el turno con Mariah —dijo mi tío mientras

observaba apurado mi excitación—, de haberlo sabido se lo hubiera pedido yo mismo.

—No importa, sabía que hoy no le venía bien, por eso no le dije nada —comenté nerviosa mientras me pellizcaba el labio.

A Mariah siempre le venía mal, sobre todo cuando era importante para mí, y en esta ocasión lo era y mucho. Por eso ni siquiera se lo insinué. Me había acostumbrado a tomarme con resignación el perderme algunos acontecimientos importantes como ese. Ella jamás me ha pedido que le cambie un solo turno. A veces pienso que no tiene vida privada. Es una mujer extraña, solitaria. Su único cometido en la vida es acudir al trabajo. Y después... creo que para ella no existe nada después.

—Márchate si quieres antes de que te pierdas el primer cuarto, tienes por delante un buen trayecto y deberías irte ya —me dijo el tío David en su inquebrantable afán por hacerme sentir bien.

—¿De verdad?! —pregunté agitada.

—Sí, no parece que hoy esté entrando mucha gente, y tu tía y yo podemos hacernos cargo —me aseguró con una sonrisa de complicidad.

—Gracias tío, ¡muchas gracias! —le dije dándole un beso y colocando la bandeja junto a la placa de «reservado camareros» situada al final de la barra. Me apresuré y salí disparada hacia la puerta.

—Si te quitas el delantal mucho mejor —apuntó mi tía con una sonora carcajada.

¡Oh! La imagen entrando en el estadio ataviada de ese modo me hizo ruborizarme. Desaté la lazada que lo sujetaba a mi espalda, saqué la otra cinta por la cabeza y lo en-

ganché en el colgador. Antes de marcharme eché una última ojeada al espejo que había en uno de los laterales. Estaba aceptable. Llevaba puestos mis botines cowboys favoritos, los vaqueros más ajustados que tenía en el armario y la camiseta de béisbol blanca con las mangas grises.

Por fin había acabado mi turno. Bueno, en realidad no había terminado pero como si lo hubiera hecho. Salí acelerada para dirigirme al estadio de los *Clippers*. Era el lugar elegido este año para jugar la final. Pisé el acelerador hasta el fondo para ganar tiempo. Siendo honesta, lo máximo que había alcanzado con ese maldito y estruendoso trasto no pasaba de las sesenta millas por hora, pero esta vez quería llegar cuanto antes al partido y no perderme la final del torneo de la NCAA. Me quedaba por delante un buen trecho, en realidad eran más de cien las millas que debía recorrer, pero por suerte no encontré atascos a la salida y crucé los dedos para que todo el camino se me diera igual de bien. Si la providencia se ponía de mi lado, llegaría casi, casi, casi a tiempo.

La temporada había sido vertiginosa, una semana tras otra plagada de grandes sorpresas, gracias a las cuales nuestro equipo había llegado hasta allí. Muchas de sus victorias con los equipos más fuertes habían sido inesperadas, igual que las derrotas de otros que empezaron despuntando como favoritos y que se quedaron fuera, también parecía algo impensable. Tantos resultados fortuitos nos habían hecho considerar la posibilidad de llegar hasta las semifinales. Pues sí, eso también había sido otra batalla ganada. Nos tocó jugar contra Kentucky y, *voilà*, directos a la final.

Desde que empezó la liga universitaria habíamos encabezado el ranking de los veinticinco mejores equipos. Ahora solo quedaba vencer a un adversario más: Duke. Ellos

igualmente lideraban desde el principio esa clasificación. Era un equipo fuerte, poderoso, uno de los grandes. Me entraba una aprensión desmedida solo de pensar en ello, aunque lo cierto era que nuestros chicos tampoco desmerecían ¿cómo, sino, habrían podido llegar hasta aquí?

Mis amigas debían haber llegado mucho antes de empezar el partido. Decidí no impacientarme. Puse el CD de Estopa que mi padre me había regalado en alguno de mis cumpleaños (música española como de costumbre), e intenté relajarme y reducir la marcha.

El móvil sonó cuatro veces antes de localizarlo en mi desordenado bolso y poder contestar.

—¿Diga? —respondí antes de ver quién se encontraba al otro lado del teléfono, aunque podía imaginarlo.

—¿Cris? —parecía la voz de Becky y de miles de aficionados que se concentraban a su alrededor.

—¡Hola Becky! —respondí agitada.

—¿Dónde estás? ¿Te falta mucho para llegar? ¡Cada vez falta menos para que empiece el partido! —exclamó alterada—. ¿Has salido?

—Estoy de camino, voy por la interestatal, tardaré un poco, al menos media hora más —dije pesarosa—. ¿Me habéis guardado sitio? —pregunté después, aunque sabía de antemano la respuesta.

—Imposible Cris, lo siento, vas a tener que hacerte hueco tú solita. ¡Esto está que echa chispas!

—¡Mierda! Otra vez lo mismo. Bueno, ahora nos vemos ¿está Mel contigo?

—Sí. Estamos las dos aquí.

LA FINAL

Recordé haber visitado el *Staples Center* en el pasado, pero entonces no se encontraba tan lleno. Ahora apenas podía reconocer el terreno. Una vasta extensión de coches se apelotonaba delante de mí impidiéndome tener una perspectiva clara. ¡Qué desesperación! Como no consiguiera aparcar las iba a pasar canutas para ver al menos medio tiempo del partido.

Pero no iba a ser así, una vez más estaba de suerte, los santos habían escuchado mis plegarias. Respiré aliviada al localizar un minúsculo sitio, era extremadamente pequeño, pero con algo de habilidad tal vez consiguiera aparcarlo. Si lo hacía, sería otro hecho inexplicable para añadir a la lista. No podía dejar pasar una oportunidad así. Examiné el microscópico espacio, a ambos lados estaba custodiado por dos furgonetas. Debía poner mucho cuidado para no rozarlas y, dada mi ineptitud al volante, se presentaba como la tarea más difícil de la tarde. Seguí dudando, en el caso de que consiguiera embutir mi destartado coche, parecía imposible que pudiera bajarme de él.

Dicen que la necesidad agudiza el ingenio, y desde luego esa situación requería por mi parte más pericia de la acostumbrada. Se me estaba ocurriendo una excelente idea. Salí del coche y me aseguré de dejar abierto el maletero, luego metí los retrovisores hasta dejarlos lo más recogidos posible y volví a subirme.

Aparqué como pude. No es que me desenvuelva muy bien cuando aparecen estos contratiempos, pero después

de valorar las pocas alternativas con las que contaba, me lancé sin meditarlo dos veces.

Salí por el maletero con la cabeza por delante y eché a correr desatentada, como si de mí dependiera paralizar una horrible ejecución. Por culpa de esa euforia me dirigí hacia el lado contrario. Estaba perdiendo unos minutos valiosísimos. Paré en seco. Me tenía que centrar y no lo conseguiría si no lograba ubicarme. Claro que no era fácil, la orientación era uno de esos enigmas inventados por los tíos que yo odiaba más que... ¿dónde estaba la condenada puerta por la que me habían dicho que debía entrar?

¡Ah! Por fin la localicé. Me había costado centrarme en ese gigantesco parking pero definitivamente lo había conseguido y pude tomar un punto como referencia.

Parecía impensable, ni siquiera yo terminaba de creerlo. Lo atribuí al milagroso alineamiento estelar de aquella tarde. Había elegido la puerta correcta. Estaba dentro.

El partido había empezado hacía ya diez minutos y todo el gentío parecía haberse acomodado en sus respectivos asientos. El escándalo existente era conmovedor. Miré a uno y otro lado observando el ambientazo. En uno de los extremos del pabellón se concentraba una gran masa de color azul. Muchos seguidores de Duke se habían dado un buen paseo para presenciar el partido. Junto a mí, gran parte de los asistentes iban vestidos de rojo.

Por raro que pareciese sabía dónde me encontraba. Conseguí abrirme paso y acercarme lo máximo posible a la fila donde estaban mis amigas. Por suerte, solo nos separaban algunas butacas y, si lograba movilizar al pequeño grupo que se aglomeraba junto a ellas, conseguiríamos estar juntas.

Las gradas retumbaban como si fueran a desplomarse debajo de nuestros pies. Tan solo hacía unos minutos que había empezado el partido, pero la excitación no había parado desde las semifinales. El entregado público estaba eufórico y el griterío no me dejaba escuchar lo que cuchicheaban Mel y Becky a mis espaldas, de hecho, se notaba claramente que estaban hablando de mí. Podía escuchar sus risas. Me miraban de soslayo con una mueca divertida. Lo estaban pasando en grande, y yo, aunque intentaba por todos los medios afinar mis sentidos, no lograba participar de su animada conversación.

Me acerqué a ellas un poco más, de puntillas y apoyada en la barandilla conseguí preguntarles emitiendo un grito ensordecedor:

—¿Me estoy perdiendo algo?! —pregunté.

Me miraron una vez más, carcajeándose, y siguieron con sus cotilleos.

—¡Luego te cuento! —dijo Mel girando su dedo índice—. ¡Chorradas!

Exasperada, así me sentía siempre que llegaba tarde. Conseguida que me quitaran el sitio y, además, me perdía lo mejor del espectáculo.

Aunque el partido de baloncesto estaba de lo más interesante, me sentía desplazada; atrapada en medio de aquel bullicio. Desvié mi atención y me entretuve buscando a gente. Recorrí con la mirada el pabellón localizando la zona donde le gustaba sentarse a mi hermano Harry. Esta vez había acudido con los nuevos amigos que luego nos presentaría. Me saludó, alzó sus brazos enérgicamente pensando que yo no le había visto, pero le respondí enseguida. Uno de sus amigos no me quitaba los ojos de encima. Parecía ausente, lejos del emocionante partido que unos metros

por debajo de él se estaba llevando a cabo. Sonreí con timidez. Una mezcla de sensaciones me hizo estremecer. Me pareció descarado, pero a la vez me sentí halagada. Era guapo a rabiar, ¡más que eso! La verdad es que era terriblemente irresistible. Resaltaba entre sus amigos por su porte y su forma de vestir. Era el único que llevaba un blazer impecable. El pelo, de un rubio color platino, se dejaba caer por su frente confiriéndole un aire desenfadado. Parecía fuera de lugar en un sitio como aquel.

De pronto lo imaginé. Volví a mirar a Mel y a Becky que esta vez me observaban expectantes. Me incliné de nuevo sobre la barandilla.

—¿Pero qué pasa?! —les pregunté. Quería que me contaran qué tenía tanta gracia.

—¿No le has visto?! ¡El amigo de tu hermano! —vociferó Becky.

—¡Ah, sí! —conseguí decir quitándole importancia—. ¡Irán todos a la fiesta después del partido!

—¡Esto se pone interesante! —entendí como pude a Mel, esforzándome por leer sus labios—. ¡Que siga la fiesta!

El equipo de baloncesto de nuestra universidad estaba a unos pocos minutos de ganar el gran torneo, y nuestra amiga Britney brillaba también con luz propia entre todas las animadoras con sus piruetas. Ella era la voladora. Para nosotras, su aparición resultaba tan importante como la de los propios jugadores y, a tenor de los aplausos del público, no éramos las únicas que pensaban de ese modo. Britney y sus compañeras hacían una excelente demostración de sus capacidades artísticas. Se merecían esos aplausos y más, entrenaban realmente duro.

—¡Bravo Britney! —gritaba Becky quedándose ronca con cada nuevo movimiento de las chicas—. ¡Así se hace!

Cuando acabó el segundo cuarto, aproveché para abrirme paso entre el grupo que nos separaba. De mala gana me hicieron hueco y retrocedieron hasta ocupar el asiento en el que yo me había sentado antes.

—Gracias, gracias. Perdón. Lo siento. Discúlpenme.

—¡Siéntate ya, pesada! —gritó Mel—. ¡Mira que das la lata! ¿Eh?

Lo conseguí. Por fin estábamos juntas, como siempre. Me froté las manos por la emoción y sonreí. Saltamos las tres de alegría e inmediatamente después prestamos atención al campo, donde Britney daba su salto más ensayado. En la grada, unos segundos de silencio precedieron a una exclamación general que hizo que se me pusieran los pelos de punta. ¡Guauuuuu!

—¡Genial Britney! ¡Eres la mejor! —me escuché decir en medio de un incómodo silencio.

Mel y Becky se rieron.

—¡Pero bueno! ¿Qué te has tomado? —exclamó Mel sorprendida por mi entusiasmo. Le lancé una mirada pícaro y me retiré el pelo lanzándolo al viento.

—Aún nada, así que imagínate. Espera a verme esta noche cuando lleve un par de copas.

—¡Pero qué tonta eres, Cris! —replicó.

—Muchísimo, sí. —Nos reímos las tres. Era un día de celebración. No solo se percibía en nosotras, todo el mundo estaba radiante de felicidad. El ambiente era un hervidero de emociones a punto de reventar.

Se presentaba una larga noche. Habíamos seguido casi todos los partidos de nuestro equipo hasta llegar al gran